

A vueltas con la globalización del inglés: expectativas y paradojas

New turns on the globalization of English: Expectations and paradoxes

Félix MARTÍN GUTIÉRREZ

Catedrático de Filología Inglesa

Universidad Complutense de Madrid

felmar@filol.ucm.es

Recibido: 3 de enero de 2010

Aceptado: 25 de marzo de 2010

Resumen: Este trabajo recoge los efectos de la globalización en el desarrollo de la lengua inglesa en cuanto lengua franca, sus problemas y sus pretensiones. Desde los años cincuenta hasta nuestros días esta evolución ha conocido un recorrido espectacular, canalizado inicialmente por la estandarización lingüística británica y la política cultural americana y diversificada posteriormente por los efectos de la globalización desde escenarios más periféricos. Desde estos escenarios se ha constatado la paradójica influencia de la globalización, especialmente en cuestiones de diversidad lingüística y cultural, contacto, políticas lingüísticas locales y transnacionales, métodos de enseñanza y en general en todos esos aspectos del denominado giro paradigmático. Como muestras de estos efectos se examinan algunos aspectos problemáticos de la práctica del inglés en escenarios híbridos y se aventuran las pretensiones de la política lingüística del Consejo de Europa diseñadas en el CEFR (*Common European Framework of Reference for Languages: Learning, Teaching, Assessment*) para el siglo XXI.

Palabras clave: Globalización; «Corpora»; ELF (inglés como lengua franca); Política lingüística.

Abstract: This paper tries to re-examine the impact of globalization on the development of the English Language as Lingua Franca (ELF), its pretentions and obvious problems. This development has been spectacular since the fifties, initially channelled through well-known processes of British linguistic standarization and American cultural politics, widely diversified later on by the globalizing practices carried out on peripheral scenarios, mainly local and regional. It is within those scenarios how the paradoxical influence of globalization has been felt, particularly through their linguistic diversity, language contact, local and transnational linguistic policies, as well as in language teaching and in many aspects of the so called paradigmatic shift. As examples of these effects we mention the problematics of English practices carried out on hybrid terrains and the linguistic politics of the European Council, mainly those outlined in the CEFR documents (*Common European Framework of Reference for Languages: Learning, Teaching, Assessment*).

Key words: Globalization; «Corpora»; ELF (*English as a Lingua Franca*); Colonization; Linguistic politics, *World Englishes*, *Global English*

Sumario: 1. Introducción. 2. Alternativas y escenarios de la globalización del inglés. 3. ELF en su órbita internacional. 4. A modo de conclusión: desde el escenario de la Unión Europea

1. INTRODUCCIÓN

Hace ya tiempo que David Crystal, autor de *English as a Global language* (1997), advirtió cómo la lengua inglesa protagonizaría en la década de los cincuenta un papel central en el foro internacional de la comunicación política, concretamente como lengua franca para las Naciones Unidas. Atentos al progreso de la lengua inglesa como vehículo de comunicación global los lectores hemos podido constatar cómo este fenómeno ha constituido de hecho una verdadera política cultural y lingüística, plasmada en esa década en la creación de la UNESCO, la UNICEF (1946), el Banco Mundial (1946), la Organización Mundial de la Salud (1948), la Agencia de Energía Atómica y posteriormente extendida a la OTAN y a otras organizaciones europeas, tales como la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE) y el propio Consejo de Europa. Esta instrumentalización del inglés para objetivos institucionales sería respaldada por la pedagogía lingüística norteamericana de la postguerra, abierta a nuevas metodologías en la enseñanza del lenguaje (básicamente fieles al funcionalismo de Leonard Bloomfield y Charles C. Fries) y al estímulo de las prácticas textuales implantadas en las aulas por los maestros del «new criticism».

El «destino globalizador» del inglés que despunta en esta encrucijada política y cultural de la Guerra Fría permite captar meridianamente el alcance de las sucesivas ondas expansivas que ha generado la globalización, sin perder de vista su genealogía institucional. Justamente el editor de la *Encarta World English Encyclopedia*, Nigel Newton, comparaba el lanzamiento de esta enciclopedia con la aceptación de la revolución copernicana, una analogía que refleja metafóricamente la expectativas del sueño globalizador aparecido en esas décadas. Sucede, efectivamente, que este fenómeno ha desbordado los cauces de su propia articulación y descripción, por lo que la recuperación de su historia debe acompañar cualquier predicción futurista y la ponderación de sus efectos concretos e históricos alertar sobre su transformación. La globalización del inglés en el marco de la lingüística aplicada, en especial, es presa de estas dificultades estratégicas. Frente a los estudios de carácter sociológico, político, económico o cultural —que en general han prestado poca atención a los problemas del lenguaje—, las conceptualizaciones y descripciones de los procesos de globalización lingüística se encuentran ante desafíos explicativos de primer orden. ¿Cómo captar, por ejemplo, el impacto de la globalización en términos de factores del lenguaje?

¿Cómo conciliar el declive del hablante nativo con los contextos multilingües que recrean los hablantes del inglés como segunda lengua? ¿Cómo reconocer lo que es central o periférico en el marco de una interconexión lingüística y cultural cada vez más consolidada? Si, como sugiere Blommaert (2003:608), no se globaliza una lengua abstracta, sino formas específicas del habla, géneros, estilos y formas de práctica literaria, ¿nos sirven las nociones convencionales de lenguaje y de variedad lingüística?

2. ALTERNATIVAS Y ESCENARIOS DE LA GLOBALIZACIÓN DEL INGLÉS

Esta última pregunta constituiría de hecho el punto de llegada de cualquier reflexión sobre el impacto de la globalización en la lengua inglesa. Más que calcular las dimensiones del nuevo mapa lingüístico internacional producido por la globalización, interesa a estas alturas, como subraya Barbara Seidlhofer (2003:141), ver cómo se conceptualiza el «inglés» a partir de una política lingüística nueva, iniciativa que esta especialista pretende llevar a cabo en términos empíricos, elaborando un corpus que recoja el uso del inglés entre hablantes no nativos para poder redefinir e identificar lo que se postula como «lengua franca (ELF)». Interesa también recomponer los nuevos escenarios comunitarios, regionales, nacionales o transnacionales de hablantes, la geografía de variantes lingüísticas que configuran y el mapa geolingüístico generado por una comunicación decididamente cambiante y dinámica. A tal efecto los «corpora» ELFA (*English as a Lingua Franca in Academic Settings*, Mauranen, 1993), VOICE (*The Vienna Oxford International Corpus of English*), NL (*English as a Native Language*), o ICE (*International Corpus of English*) constituyen una primera muestra empírica sobre la nueva realidad lingüística globalizada¹.

Como corresponde a la naturaleza de estos trabajos la lengua inglesa aparece en estos casos como reserva lo más completa posible de usos, prácticas, registros y variantes lingüísticas que reflejan el dinamismo del inglés en cuanto lengua de comunicación internacional. Afirma Sidney Greenbaum (1996:3f), por ejemplo, al introducir ICE, que éste debe proporcionar recursos para realizar estudios comparados del inglés usado en países en los que es primera lengua mayoritaria o conste como oficial, aun siendo adicional. Las expectativas creadas por la configuración social, lingüística, política y cultural del inglés en cuanto «lengua franca (ELF)» se alimentan de la pluralidad de interacciones que exhiben otras modalidades o variantes dentro de su esfera internacional. Por ejemplo, la investigación sobre estas interacciones ha abordado ya cuestiones sobre la competencia comunicativa (Leung, 2005) y sobre la aplicación de un modelo normativo para la enseñanza del inglés como segunda lengua (Parakrama, 1995), ambas iniciativas conducentes al reconocimiento del inglés como lengua franca (ELF).

El alcance de estos proyectos no pretende solamente dar respuesta a la avalancha de reacciones y actitudes encontradas que sigue suscitando la globalización en esta

materia. Es innegable que por un lado la expansión del inglés continúa amenazando la diversidad lingüística con fuerza depredadora, mientras que por otro permite a todos los ciudadanos del mundo comunicarse de forma libre. Esta polarización, agriamente recorrida durante varias décadas, sigue generando nuevas versiones, perpetuando para unos la herencia de un imperialismo monocultural, o alentando en otros la visión cosmopolita que acabaría con la Babelia actual al eliminar las barreras lingüísticas. A raíz de la publicación de *Global transformations: politics, economics and culture* (1999) esta polarización ha empezado contemplar una opción intermedia que arbitre entre las dos posiciones extremas, es decir entre la que sostiene los «escépticos» y la de los entusiastas o «hiperglobalistas», como se les viene denominando. Frente a quienes creen que la globalización refleja niveles de interdependencia ya conocidos en otros períodos y que por lo tanto es un mito, pues continuará controlada por los gobiernos nacionales, o quienes tienen fe ciega en la capacidad homogeneizadora de las redes transnacionales y sus efectos en los dominios económico, social, político y cultural (o si queremos en el magnetismo de la cultura popular americana y el consumismo occidental), los partidarios de una alternativa intermedia o transformadora aceptarían la globalización como un revulsivo eficaz para conseguir cambios de largo alcance. Referida esta última opción al ámbito lingüístico, cobrarían una importancia capital la incontenible diversidad lingüística, la posibilidad de crear un sistema supra-normativo para la enseñanza del inglés internacional, a la par que proporcionar modalidades específicas para diferentes comunidades, regiones o naciones.

El hecho incontestable es que, como auguró David Graddol hace cuatro años (2006:14), entre el 2010 y el 2015 más de dos billones de habitantes, es decir, un tercio de la humanidad, aprenderán inglés, lo que añadido al billón que ya lo hablan, supone que la mitad de la población mundial se comunicará en esta lengua. A la luz de la creciente introducción del inglés en los *currícula* de los centros de enseñanza primaria por todo el mundo la predicción de Graddol puede cumplirse. Veríamos entonces cómo, efectivamente, el inglés no sería simplemente una destreza básica, sino un requisito imprescindible para realizar actividades cotidianas y cometidos profesionales. Los cálculos vienen a corroborar la suerte de algunas predicciones emitidas hace varias décadas y a aventurar, como lo hace Martin Dewy (2007:333), que tal vez no ha existido un caso igual en la historia de la humanidad, pues las dimensiones de su difusión geográfica, la diversidad cultural de su hablantes, los extensos dominios en los que se asienta, así como los objetivos a los que responde, así lo dan a entender. Lógicamente la interconexión de los dominios culturales, sociales, políticos y económicos que presenta el mundo actual puede justificar una valoración de esta naturaleza².

Periódicamente se emiten predicciones espectaculares sobre un futuro globalizado que a la vez que ponen en evidencia el optimismo de quienes ven en la globalización una especie de panacea universal ciegan nuestra capacidad perceptiva o coartan la posibilidad de actuar consecuentemente. Nada más inoportuno en el caso del inglés

que seguir proyectando ciertos delirios de grandeza derivados de épocas de la colonización y que reviven espontáneamente cada vez que se constata la marcha implacable de la revolución tecnológica, se reclama una homogeneidad cultural para millones de hablantes no nativos o se inyectan los valores culturales dominantes en los textos de enseñanza de la lengua. Precisamente la deuda pendiente que ha generado la globalización tiene que ver con la pérdida de identidad cultural, no sólo con la sospecha, que ha generado en numerosas comunidades y países de hablantes. Es lógico que los portavoces de esos dos billones de hablantes que componen «las otras lenguas de ingles» —atrapados a veces en las paradojas de la condición bilingüe— cuestionen persistentemente su relación con los herederos de la lengua materna. Como afirmó el novelista Chinua Acheve (1994:433):

The price a world language must be prepared to pay is submission to many different kinds of use ... The African writer should aim to use English in a way that brings out his message best without altering the language to the extent that its value as a medium of international exchange will be lost... He should aim at fashioning out an English which is at once universal and able to carry the weight of my African experience. But it will have to be a new English, still in full communion with its ancestral home but altered to suit its new African surroundings³.

El objetivo que apunta aquí Chinua Acheve dista mucho de otros más radicales que han soñado con una lengua internacional que no mostrara relación alguna entre el habla y la cultura, que no fuera entendida como propiedad de un país específico, o que fuera puramente funcional, o cuyo aprendizaje no entrañara la internalización de normas culturales propias de la lengua madre. La pura enumeración de estas pretensiones evoca tiempos recientes en los que la globalización se planteaba dentro de contextos postcoloniales, arbitrada por los discursos de la apropiación cultural y del lenguaje como arma ideológica. Merece la pena recordar cómo la adquisición de las lenguas europeas fue utilizada como instrumento de lucha por la autodeterminación y cómo la retórica independentista exhibía frecuentemente una mimesis subversiva. Merece asimismo reconsiderar cómo la visión liberadora que fundamenta para Kachru (1986: VII) la competencia en inglés del no nativo entraña no sólo una transmutación social, sino la internacionalización de su propia visión, cual si de la posesión de la lámpara de Aladino se tratara. ¿Cómo separar, pues, lengua y cultura? ¿Cómo reducir la diversidad lingüística a funciones léxicas o gramaticales? No es acaso la enseñanza de un modelo de inglés, de una norma lingüística un acto culturalmente significativo? ¿Cómo reducir la enseñanza de la lengua a meras destrezas comunicativas?

Precisamente la aceptación y expansión del inglés como lengua de la globalización se ha visto sometida a usos serviles e instrumentales. Como ha advertido Martin A. Keiman (2004:10), si la propuesta del inglés como lengua franca ha tenido que liberarse de su herencia cultural nacionalista e imperialista, ¿significa esto que haya de desprenderse de la cultura? Obviamente la historia de la globalización ha conocido

momentos en los que la revolución tecnológica hacía presentir una reducción de la lengua inglesa a medio tecnológico funcional, o como sugiere Keiman, al lenguaje por antonomasia de la tecnología, una funcionalidad que define todas las redes de la revolución de las comunicaciones. Pero los escenarios pedagógicos e interculturales de esta revolución han propiciado una revitalización de los factores culturales, todavía marcados y tensionados por las relaciones entre procesos de localización y de globalización. Incuestionablemente los cambios tecnológicos radicales alteran nuestra percepción de las variaciones lingüísticas y de su repercusión cultural.

Es precisamente dentro de este territorio desde el que se proyectan las perspectivas transformadoras de la globalización. No podemos cerrar los ojos a la realidad y advertir cómo vivimos en un mundo multicultural que usa y precisa de otras lenguas para potenciar una comunicación eficaz y rica culturalmente. Los efectos de la globalización en este sentido han resultado claramente paradójicos: han contribuido a enriquecer las variedades del inglés y potenciar normativa y culturalmente algunas de ellas y, a la par, abrir el abanico de otras lenguas. Existe la sensación, precisa Ayo Bamgbose (2001:359), de que cuantas más divergencias haya dentro del inglés menos posibilidades tendrá de erigirse en lengua internacional. No sólo las diferencias dentro del inglés se han acentuado, sino que estas otras lenguas juegan un papel cada vez más relevante en los procesos de comunicación, sea por razones tecnológicas (Internet) económicas (transacciones, leyes del mercado), políticas o culturales. La multiplicación del repertorio de lenguas que reclaman una política lingüística autónoma es considerable en el contexto posmoderno (véase a este respecto la *European Charter for Regional or Minority Languages* y *The Handbook of World Englishes* (Kachru and Nelson, 2006).

Una consideración de la función de la traducción en este contexto tal vez ayude a resaltar esta paradoja. A decir del periodista Sam Lehman-Wilzig (*The Futurist*, 2001) nos encontramos ante una revolución que cambiará el mundo. Se trata, dice, de que «la tecnología de la traducción automatizada nos acercará de forma significativa a un sistema de comunicación universal, a la par que preservará la riqueza y la belleza de la diversidad lingüística y cultural. El medio para esta transformación es SATS, SISTEMA DE TRADUCCION AUTOMATICA SINCRONIZADA,» un sistema que se está desarrollando en numerosas compañías de ordenadores»⁴.

Ni que decir tiene que no es la curiosidad científica lo que nos puede asombrar de este pronóstico, ni mucho menos qué pasará en el 2015, fecha en la que se supone que estará en marcha. El sistema podrá traducir de forma especializada todas las lenguas del mundo (casi 6.000), facilitando la descarga de los módulos de cada una de ellas, como si de descarga de música se tratara. Y como la investigación en inteligencia artificial con redes neuronales hará posible la creación de programas inteligentes autodidactas y auto-correctores a gran velocidad, la automatización de la traducción conseguirá el fin alcanzar sus objetivos.

Las repercusiones de SATS preanuncian una fidelidad máxima en los procesos de transmisión y reproducción lingüística, por ahora objeto de ensoñación. En la actualidad nos movemos dentro de un territorio globalizado en el que Internet nos ha colocado dentro del espacio digital y nos permite disponer de todos los medios de información al alcance. La asimilación de los cambios que ha traído consigo la revolución digital ha generado nuevas funciones de mediación, traducción o interpretación lingüística y cultural que requieren estar al tanto de los movimientos de las lenguas y los textos, así como de los avances de las tecnologías multimedia.

Sam Lehman apunta en su pronóstico la paradoja más importante y consabida que viene produciendo el fenómeno de la globalización y que la mayoría de los expertos en ciencias de la comunicación, en antropología y en los estudios de traducción suelen reformular a su manera: que la globalización entraña riesgos de fragmentación lingüística y al mismo tiempo de integración, que por un lado puede limitar los procesos de mestizaje e hibridación lingüística y cultural y al mismo tiempo preservar muchas lenguas que están en procesos de extinción. Desde la óptica del mundo occidental, capitalizado por el dominio del inglés como lengua franca y de la cultura angloamericana como dominante, esta paradoja viene simplemente a significar que un sistema global y automatizado de traducción como el aquí proyectado puede terminar por consolidar esa lengua y esa cultura como centro ideológico mundial o diversificar otras lenguas y otras culturas. Es decir que su efecto puede reintegrar y fragmentar.

Esta paradoja ha recibido ya considerable atención por parte de especialistas en los estudios de política lingüística y de la traducción. Anthony Pym, por ejemplo, la denomina «paradoja de la diversidad» en función de las categorías económicas de producción y de distribución del mercado. No es igual, dice este autor, producir traducciones, muy centralizadas internacionalmente, que distribuirlas, un proceso dependiente de contextos y ambientes de consumo locales. En este sentido, toda esta nueva geometría asimétrica entre lo uno y lo múltiple, como prefiere calificarla Anthony Pym, permite entrever que traducir al inglés es muy distinto de traducir del inglés, que entran en juego muchos factores de relaciones de poder, tanto en los procesos de producción como de distribución y que básicamente, aunque no enteramente, la geometría convencional entre lengua de partida y lengua de llegada resulta cuestionable. «Translation», dice, «into the languages of production should be fundamentally different, in general, from translation from these languages. And that asymmetry is so basic and so powerful that little resistance seem called for (Pym, 2003:7).⁵»

El escenario que advierte Anthony Pym permitiría detectar y analizar multitud de situaciones, especialmente las que tienen que ver con la comunicación de la cultura popular, medios audiovisuales, transmisión de naturaleza tecnológica o económica. No cabe duda que las transformaciones que pueden sufrir los textos a traducir dentro de estos procesos de adaptación o de confrontación entre las fuerzas de globalización y de localización pueden ser muchísimas. Casi infinitas, podríamos matizar con Susan

Bassnet, si se trata de noticias diseminadas desde las redes globales de las agencias hasta los contextos locales. Como Michael Croning precisa en «Burning down the House: Translation in a global setting»: «The Universalist credo of localization is underwritten by a tension between the conflicting logics of technology and culture. There are approximately 6000 languages on the planet but only two systems of voltage, three railway gauges and one language for air traffic control. We might say that technology brings together what culture sets apart. (Croning, 2005:113)⁶»

Durante algún tiempo la expansión del inglés como lengua internacional fue percibida desde el contraste que ofrecían los escenarios periféricos de la globalización, frente a los centrales (Inglaterra, Estados Unidos, Australia), a veces considerados como agente únicos de este proceso. Ni que decir tiene, como ya hemos subrayado, que esta división, marcada por criterios de inclusión y exclusión, ofrece una perspectiva parcial y limitada, pues no refleja cómo esos países centrales han contribuido al desarrollo de un inglés global. La intensa y estrecha interrelación que caracteriza el pluralismo y la diversidad lingüística actual obliga a dejar atrás esta polarización. Al mismo tiempo pone en entredicho las diferencias entre lo local y lo global, sobrepasa barreras regionales y nacionales, cuestiona, de hecho, los hipotéticos procesos de homogeneización soñados por los entusiastas de la globalización. En palabras de Martin Dewy (2007:337), la globalización es multifactorial, puede engendrar consecuencias contrarias, crear presiones sobre la autonomía local y regional, consumir y transformar información dentro de circuitos locales y globales interconectados.

3. ELF EN SU ÓRBITA INTERNACIONAL

Las «paradojas de la diversidad» que revelan estos testimonios caracterizan los procesos de expansión lingüística desde muchos canales del flujo comunicativo, de forma que las diferentes clases o modelos de lengua inglesa que viene produciendo la globalización constituye un fenómeno muy complejo, no sólo desde el punto de vista sociolingüístico, sino también pedagógico, económico y cultural. Efectivamente, lo que hoy en tendemos por lengua franca comprende numerosos aspectos de la comunicación en lengua inglesa por parte de hablantes pertenecientes a diferentes culturas cuya interacción pone en constante transformación las variedades lingüísticas, el contacto y la contaminación, la codificación o la normativización del lenguaje, su aprendizaje, su institucionalización y su enseñanza. Y estos fenómenos —difíciles de cartografiar, por más que aparezcan nuevas clasificaciones y se multipliquen sus siglas— suscitan controversias repetidas entre quienes reclaman un modelo estandarizado y monocéntrico y quienes abogan por otro pluricéntrico e interculturalmente significativo. Como adelanté más arriba, uno de los problemas que preocupan a los historiadores de la

lengua inglesa, o a lo lingüistas —y no digamos a los alumnos y profesores— es saber qué denota el término «inglés» en nuestros días y cuántas clases de lengua inglesa comprende, o se enseñan en el mundo de habla inglesa, o se admitirían lingüísticamente o se reconocerían cultural o políticamente. La elaboración de los «corpora» que hemos mencionado ayuda sin duda a abordar parte de estos problemas, a la par que muestran cómo los datos empíricos detectan fehacientemente los cambios que trae consigo la transformación del inglés en lengua franca.

Actualmente el modelo que diseñó Braj Kachru en 1985 sobre la expansión del inglés por el mundo —compuesto por tres círculos elaborados en función del grado y nivel de normativización del inglés— sigue haciendo gravitar la igualdad de todas las clases de inglés (*WE: World Englishes*) que componen el círculo en expansión, —representado por los hablantes no nativos— en el desarrollo de normas del círculo interno, es decir, en el de los hablantes nativos (Kachru 1997:66-87). El mapa de relaciones que contiene este diseño se vería refrendado por la revista *World Englishes*, editada por Larry Smith, desde la que se pluraliza decididamente el nombre para cubrir todas las variedades de inglés existentes en el mundo. Obviamente, aunque cumplen funciones similares, no son exactamente iguales, pues éste último no recoge necesariamente el inglés que no presenta lazos históricos o ideológicos con el nativo (círculo interior). Por otro lado, parece cada vez más evidente que el inglés perteneciente al «círculo externo» constituye un inglés con derecho propio, que refleja identidades socioculturales independientes y cuya legitimidad no depende de las normas de los hablantes nativos. La constelación, pues, —surgida inicialmente dentro de las variedades de segunda lengua desarrollada en las colonias británicas—, ha girado en torno a las siglas WE (*World English*), WEs (*World Englishes*) y generado variantes en función de factores políticos, históricos, migratorios, o raciales. A esa constelación deben adscribirse las denominaciones «*Global English*», *English as an International Language*, *English as a Second Language*, *Indigenized English* o *Hybrid Englishes*. Y desde esta constelación suele ampliarse el contorno globalizador para incluir todas las lenguas inglesas «locales» sin discriminar por razones de legitimidad histórica, nacional, lingüística o pedagógica. *World Englishes*, por lo tanto, es la denominación pluricéntrica por excelencia, aunque en un sentido estricto se refiriera al inglés hablado en Asia, África y El Caribe.

Dejando de lado esta configuración descriptiva es imprescindible dar constancia de la incidencia del *World Englishes* en la enseñanza y su afinidad y diferencias con respecto al inglés como lengua franca (*English as a Lingua Franca, ELF*), pues ambas configuraciones han protagonizado un efectivo cambio paradigmático en las aulas. Como hemos apuntado en varias páginas anteriores una estimación cuantitativa del hablante no nativo, ciertas exigencias ideológicas sobre la propiedad del lenguaje o sobre su legitimación histórica, así como una concepción cultural del inglés diferente a la de los países originarios han sido argumentos esgrimidos con frecuencia al

evocar este paradigma. Pero el sentido y el alcance del cambio han tenido profundas repercusiones pedagógicas, aunque, como lo reconocen bastantes especialistas, ha faltado conexión entre la investigación y la práctica docente. Quien haya recorrido las últimas décadas de innovaciones metodológicas —funcionalistas, comunicativas, interactivas, constructivistas, culturales o radicales— puede haberlo comprobado. No sólo ha desorientado al profesor las variantes o clase de inglés que debía impartir, sino el cómo, desde los presupuestos metodológicos más adecuados para esa variedad lingüística y cultural.

Experiencias de esta clase, así como la ausencia de una base teórica compartida, hacen que tanto la concepción del inglés como lengua franca (*ELF*) como su descripción ofrezcan serias dificultades. En principio puede entenderse que, como sugieren Barbara Seildhofer y Margie Berns (2001: 237), haya una laguna inherente en la búsqueda misma de una lengua que nadie puede reclamar como objeto legítimo de estudio. Algunas dificultades provienen de las fronteras compartidas con otras variedades que suscitan constantes debates. Por ejemplo, ¿qué indicios sociolingüísticos permiten distinguir una variedad lingüística cohesionada, codificada y compartida en Canadá, Nigeria, África del Sur, India, Singapur o Japón? ¿Cómo recorrer los escenarios internacionales del inglés como lengua franca: por la vía de la comunicación profesionalizada, por la de comunidades de hablantes, por la de las políticas lingüísticas locales, por las de la enseñanza y prácticas de aprendizaje, por las del mercado lingüístico y cultural? ¿Cómo entender el fenómeno del «globish», ese inglés elemental y simple que como si fuera un comodín idiomático propulsa la comunicación espontánea entre futbolistas, periodistas y aficionados en el campeonato mundial de África del Sur? En general, afirma Jennifer Jenkins (2006: 161), la existencia del inglés en cuanto lengua franca (*ELF*) no pretende que los estudiantes deban intentar aprender un inglés que es idéntico en todos los sentidos. De la misma manera los lingüistas e investigadores deben aceptar que quien participe en la comunicación internacional necesita familiarizarse con un repertorio lingüístico adecuado, con ciertas formas que son usadas amplia e inteligentemente por numerosos grupos de hablantes pertenecientes a culturas diferentes.

Convendría, por ello, tener en cuenta que la implantación de modelos normativos de política lingüística frente a otros más plurales y descentralizados no puede traducirse en capricho pedagógico. La predilección por un modelo centralizado, que canalice la transmisión y consolidación de un inglés estandarizado y monocéntrico, sigue prevaleciendo en la mayoría de las instituciones de la enseñanza del inglés, especialmente vinculadas al British Council, como lo refleja la promoción del inglés en la Unión Europea desde los años treinta. Aunque, como afirman algunas especialistas (Seidhofer, 2005), resulta difícil justificar la idea de un inglés estandarizado a estas alturas en términos de número de hablantes y de sus dominios, parece que la herencia lingüística todavía determina y prestigia la competencia del hablante, garantizada por normas esencialmente fijadas y ceñidas a los centros geográficos del «Standard British» y del «American English». Ni

que decir tiene que esta predilección por el inglés estandarizado continúa aspirando a la adquisición de cierto valor cultural, no sólo deseable sino posible de conseguir mediante la sistematización de prácticas de habla. Los efectos de la globalización en este sentido han reforzado tanto la creencia popular en esta concepción como la política educativa de aquellas instituciones o editoriales que proporcionan material didáctico. Todavía, insistimos, la idea del inglés como propiedad exclusiva e históricamente transmitida prevalece entre hablantes nativos y no nativos, entre lingüistas y profesores, aunque se manifieste de forma cada vez más velada e implícita.

Frente a esta opción se va imponiendo una visión del lenguaje más flexible y plural, una concienciación más precisa de la realidad sociolingüística del hablante y de planteamientos innovadores en su enseñanza. Al filo del giro paradigmático provocado por la globalización los signos de esta nueva dirección apuntan claramente a un tratamiento de la lengua menos individualizado y más conectado con los múltiples contextos que actúan en la comunicación lingüística, en la producción de variantes, procesos de hibridación y prácticas interculturales. De este modo se pretende traspasar las barreras geográficas, resaltar los procesos interlingüísticos y perfilar un horizonte abiertamente comunicativo y dinámico para el inglés como lengua franca. Gradualmente este fenómeno va adquiriendo el reconocimiento necesario en Europa, Asia Oriental, África y Latinoamérica, salvando escollos ideológicos y reconduciendo la práctica docente hasta suscitar una concienciación nueva del aprendizaje del inglés⁷.

La práctica del inglés en estos escenarios fronterizos e híbridos ha sido objeto de intenso estudio e investigación. Es revelador, por ejemplo, cómo la interacción de hablantes dentro de esos contextos puede entrañar una afirmación de la identidad de esos interlocutores, al utilizar la lengua de forma creativa, o negarse a convertir su conversación en puro ejercicio de mímica verbal, especialmente relevante en casos de comunicación profesional o privada. Más aún, esta clase de comunicación en la lengua franca suele producir cierta ambivalencia entre el reconocimiento y la aceptación de normas propias, distintas de las estandarizadas, ambivalencia que, a decir de Ayo Bamgbose (1998:12), expresa la necesidad de apoyar sus innovaciones en formas claramente codificadas. Obviamente esta necesidad de codificar normativamente sus variantes lingüísticas, insiste Ayo Bamgbose, despejaría las dudas e incertidumbres que suelen manifestar los hablantes sobre la clase de inglés que usan o dominan, trátase de normas sobre rasgos lingüísticos o sobre aspectos psicológicos o pragmáticos del habla.

Es importante, pues, conjugar esta codificación con la fluidez y contagio de una comunicación abiertamente híbrida, en la que los procesos de superposición, mezcla y coexistencia de variantes lingüísticas nativas y no nativas son relevantes. Por ahora, y dada la complejidad y riqueza de estos procesos, la investigación y la motivación pedagógica vienen traduciendo en material didáctico aquellos aspectos de la comunicación que más resonancia van adquiriendo dentro de una geografía lingüística

internacional, especialmente la formación de variantes lingüísticas locales, expresivas de los procesos de mezcla o cambio de código lingüístico que acabamos de mencionar, o de estructuras lingüísticas marcadamente híbridas. Existen numerosos estudios sobre estos aspectos, procedentes de casi todas las partes del mundo, cuyo espectro científico recoge problemas de léxico, morfosintaxis, fonología, pragmática o sociolingüística. Desde que surgió el interés por el inglés como lengua franca hacia 1990 su estudio empírico ha acaparado gran parte de la investigación sociolingüística. Sin embargo, dadas las contradicciones del discurso academicista en torno a las alternativas que ha planteado el inglés como lengua franca, será preciso, apunta Jennifer Jenkins (2006: 156), realizar aún más trabajos de carácter empírico y descriptivo para dar cuenta de la importancia de las variedades lingüísticas diferentes del inglés estandarizado, tanto británico como americano⁸.

4. A MODO DE CONCLUSIÓN: DESDE EL ESCENARIO DE LA UNIÓN EUROPEA

Dos períodos bien diferenciados han arbitrado la expansión del inglés en la Comunidad Europea desde el final de la Segunda mundial. El primero llega hasta finales de los años setenta, una fase en la que el inglés se convirtió en la lengua dominante en política internacional, intercambios comerciales, ciencia, información, medios audiovisuales y televisivos y cultura popular. La omnipresencia cultural de los Estados Unidos, por un lado, y la progresiva introducción del inglés en los sistemas educativos de Europa, por otro, serían decisivos para el afianzamiento del inglés como lengua franca. El segundo período parte de principios de los años ochenta, si bien en ciertas partes de Europa, como Suecia, Noruega, Finlandia y Holanda, el inicio de esta etapa fue anterior. En este período se llevaría a cabo la consolidación del inglés como lengua franca en la parte occidental del continente y, una vez iniciados los cambios políticos, también en Europa central.

La adopción del inglés como instrumento principal de comunicación, en algunos casos de forma exclusiva, por parte de los principales organismos internacionales, sería fundamental para esta consolidación. Merece la pena recordar cómo entre los principios que enunció el Consejo de Europa en *Common European Framework of Reference for Languages* (2001:2) figura la defensa de las diversas lenguas y culturas europeas y que el empeño más importante a realizar no era otro que convertir esa diversidad en fuente de entendimiento mutuo, promover la interacción entre todos los europeos y superar los prejuicios y la discriminación aprendiendo las lenguas de otros países. El desarrollo de esta política ha supuesto una transformación del inglés como lengua angloamericana en medio de entendimiento multicultural, una pretensión que va más allá de la propuesta del inglés como lengua vehicular de muchas otras organizaciones

internacionales. Como hemos apuntado más arriba, y dejando de lado el régimen jurídico básicamente multilingüe de la Unión Europea, el inglés, en efecto, es una de las seis lenguas oficiales de la ONU, junto con el árabe, el chino, el español, el francés y el ruso. La mayoría de los documentos oficiales son traducidos a estos seis idiomas, al igual que las reuniones oficiales, que disponen de interpretación en dichas lenguas. Sin embargo, en algunas dependencias las conferencias y los documentos de trabajo suelen redactarse y publicarse sólo en francés e inglés —o en español, francés e inglés— por lo que no debe sorprender que la propia organización haya mostrado su preocupación por el fuerte avance del inglés en detrimento de las otras lenguas oficiales. El Consejo de Europa, por su parte, estableció como lenguas oficiales de deliberación y de archivo de documentos oficiales el inglés y el francés, aunque la tendencia entre los delegados que asisten a la Asamblea en Estrasburgo y entre los juristas del Tribunal ha sido la utilización del inglés como lengua de comunicación.

La política lingüística postulada por el Consejo de Europa ha promovido de hecho la adquisición de dos lenguas extranjeras, aparte de la lengua materna, como punto de partida para el desarrollo de una Europa multilingüe. Los supuestos del documento mencionado (CEFR, *Common European Framework of Reference for Languages: Learning, Teaching, Assessment*) vienen determinando las actuaciones de política lingüística más decisivas (enseñanza, evaluación de la competencia, concesión del Europass Language Passport, intercambios lingüísticos, enseñanza universitaria, traducción) hasta el punto de que las diversas resoluciones del Consejo sobre esta política, así como la creación del Indicador Europeo de Competencia (diseñado en Barcelona en el 2002), reiteran la necesidad de elevar la capacidad multilingüe individual hasta conseguir que los ciudadanos dominen dos lenguas además de la materna. Ciertamente la onda expansiva del inglés como lengua franca puede impedirnos advertir el nivel multilingüe de los europeos, una realidad que según el informe realizado por la Comisión Europea en el año 2006 arroja cifras bastante positivas: un 28 por ciento son capaces de mantener conversación en dos lenguas. El porcentaje supone un avance con respecto a otro estudio realizado por esa misma comisión en 1998, en el que el inglés hablado por los europeos alcanzaba al 47 por ciento, 16 como lengua materna y 31 por ciento como lengua extranjera. En el informe del 2006 este porcentaje ascendería al 51 por ciento. Es de suponer que el sondeo que está proyectado para el 2010 aporte datos también halagüeños para los promotores de la *Council Resolution of 21 November 2008 on a European Strategy for Multilingualism*. Las premisas de esta resolución no pueden ser más ambiciosas por lo que respecta a la competencia intercultural, lingüística, función de las tecnologías en este campo, o colaboración institucional.

Lo que prefigura esta política es un nuevo giro de tuerca a los dilemas planteados por la articulación de una Europa integrada mediante una lengua común —obviamente el inglés— o diversificada lingüísticamente si, como ha observado Barbara Seidlhofer,

todas las lenguas de la Unión tienen los mismos derechos. Este principio de igualdad suele ser entendido como verdad autoevidente por todos los países componentes de la Unión y sobre él descansa precariamente el multilingüismo como panacea para un arbitraje cultural muy complejo. Precisamente los conflictos que ha conocido la Unión Europea desde su fundación en 1952 en la determinación de lenguas instrumentales para sus organismos (*working languages*) frente a todas las demás, meramente oficiales (*merely official languages*), así lo demostrarían. Son los conflictos de intereses (relaciones económicas, cultura y valores nacionales, imagen del país, identidad nacional, industria lingüística, etc.) los que habitualmente tercián entre las lenguas mayoritarias y minoritarias a la hora de escoger las más representativas, en la actualidad: inglés, 47%; alemán, 30%; francés, 23%; italiano, 15%; español, 14%. Desde esta política asoman objeciones y reservas evidentes contra el uso del inglés como lengua única institucional, así como contra su función general de lengua franca. No siempre convergen estas dos funciones, dado el uso privado de la comunicación administrativa o gubernamental que suele precisar traducción a otras lenguas.

La aceptación del inglés como lengua franca presenta en este contexto serias contradicciones, dignas de resaltar si especulamos con la posibilidad de que se desarrolle de forma desvinculada de normas inherentes a las de los hablantes nativos, institucionalizada y codificada como «euro-inglesa» o, por el contrario, amalgame rasgos y variantes lingüísticas locales. Si los reparos al predominio del inglés como lengua institucional pueden delatar resentimientos históricos, los manifestados contra su carácter de lengua franca de Europa son de más entidad, no sólo cuestión de porcentajes lingüísticos. Efectivamente, la carga multicultural que viene acompañando la política lingüística más reciente de la Unión Europea pretende enmendar la plana a una concepción de lengua franca que estaba basada en «el contacto lingüístico entre personas que no comparten ni una lengua nativa ni una cultura nacional, y para quienes el inglés es simplemente la lengua extranjera elegida para la comunicación (Seidlhofer, 2005:339)». Mientras los especialistas en lingüística aplicada examinan si es preciso detectar una variedad específicamente europea de ELF, «Euro-English «concretamente, o si determinadas prescripciones pueden garantizar su inteligibilidad, o si la evolución del inglés como lengua franca alcanza en Europa ritmos acelerados (Dewey, 2007:147; Breiteneder, 2005:14), es preciso adoptar alguna cautela emanada de la teoría poscolonial con respecto a la legitimación de la propia lengua inglesa como lengua universal, pues el espectro de una anglo-americanización permeabiliza las políticas del multilingüismo occidental. Ciertamente el dominio cultural y lingüístico angloamericano puede suponer una amenaza para el estímulo de la diversidad lingüística en Europa, palpable en los planteamientos de los estudios interculturales, en las metodologías docentes y materiales utilizados en las aulas. A tenor del impacto de la crítica ideológica que Robert Phillipson lanzara en *Lingüistic Imperialism* (1992) los componentes sociales y culturales que comporta la transformación del inglés son objeto

de atención más detenida. A modo de ideario, y amparado en las iniciativas adoptadas en Suecia y Noruega, el reto que propone Phillipson reclama una democratización lingüística básica con apoyo transnacional y un desarrollo de políticas lingüísticas que garanticen la viabilidad de todas las lenguas. A medida que el Consejo de Europa añade nuevas resoluciones a su marco de referencia para fomentar las estrategias multilingües en la enseñanza del inglés, o para evaluar la competencia de sus ciudadanos, algunas opiniones radicales de Phillipson (2006: 6-12) desentrañan eficazmente las paradojas más arraigadas en este escenario europeo: que el predominio del inglés en Europa va inextricablemente unido a la globalización y a la americanización, por ejemplo, que el multilingüismo es sinónimo de más inglés, que la política lingüística de Europa coloca al francés y al alemán en posiciones defensivas, en contradicción con el poder económico y cultural de estos dos países, o en contradicción con el poder hegemónico de América, que la prometidora lengua franca es puramente instrumental, ideológicamente neutra y que, por ello, conceptualmente resulta esquiva. Sería preciso, sugiere Phillipson, inventar otro término o, por lo menos realizar propuestas radicales sobre la competencia de agendas a niveles estatales y subestatales, abordar la tensión entre nacionalismo lingüístico (monolingüe) y multilingüismo institucional de Europa, estudiar el incremento entre el bilingüismo elitista y el de base y, en general, auscultar las relaciones entre el lenguaje y el poder para contrarrestar las falacias que legitiman la soberanía del inglés en la actualidad.

El alcance de esta propuesta radical difícilmente se calibrará con las medidas y sondeos quinquenales del euro-barómetro. Las iniciativas de resolución del 21 de noviembre del 2008 proyectan un catálogo de estrategias que concilian los buenos deseos con una pedagogía multilingüe de consenso y respeto a la identidad cultural de los hablantes. Pero no producen la inquietud y la alerta crítica que una mirada radical a la hegemonía del inglés debiera suscitar. Al fin y al cabo un escenario, nos dicen los científicos, no es más que un recurso perceptivo que permite obtener imágenes plausibles basadas en la lógica causal que reflejan diferentes interpretaciones de fenómenos claves. O si queremos, una especie de visualización del futuro a partir de la experiencia del pasado, sin duda alguna para hacerlo más viable.

5. BIBLIOGRAFÍA

- BAMGBOSE, A. (1998). «Torn between the Norms» Innovations in World Englishes». *World Englishes*. vol. 17. p. 1-14.
 - (2001). «World Englishes and Globalization». *World Englishes*. vol. 20. Nº 3. 357-363.
- BLOMMAERT, J. (2003). «Commentary: a sociolinguistics of globalization». *Journal of Sociolinguistics*. vol. 4. nº.4. p. 607-623.

- BOLTON, K. (Ed.). (2002). *Hong Kong English. Autonomy and Creativity*. Hong Kong SAR, China: University of Hong Kong Press.
- (2003). *Chinese Englishes*. Cambridge, England: Cambridge University Press.
- CANAGARAJAH, A.S. (1999). *Resisting Linguistic Imperialism in English Teaching*. Oxford University Press.
- CHESHIRE, J. (ed.) (1991) *English around the world*. Cambridge, England: Cambridge University Press.
- CRONIN, M. (2003). *Translation and Globalisation*. Routledge, London.
- (2005). «Burning the House Down: Translation in a Global Setting». *Language and Intercultural Communication*. vol. 5. nº 2. p. 108-119.
- CRYSTAL, D. (2003). *English as a Global Language* (2nd ed.). Cambridge, England: Cambridge University Press.
- DEWEY, M. (2007). «English as a Lingua Franca and Globalization: an Interconnected Perspective». *International Journal of Applied Linguistics*. vol. 17. nº 3. p. 332-354.
- GRADDOL, D. (2006). *English Next: Why Global English May Mean the End of «English as a Foreign Language»*. London: British Council.
- GREENBAUM, S. (ed.) (1996). *Comparing English Worldwide: The International Corpus of English*. Oxford: Clarendon Press.
- HOUSE, J. (2003). «English as a Lingua Franca: A Threat to Multilingualism?». *Journal of Sociolinguistics*. vol. 7. nº 4. p. 556-578.
- JAMES, A. (2009). «Theorising English and Globalisation: Semiodiversity and Linguistic Structure in Global English, World Englishes and Lingua Franca English». *Apples – Journal of Applied Language Studies*. vol.3, nº 1. p. 79-92.
- JENKINS, J. (2006). «Current Perspectives on Teaching World Englishes and English as a Lingua Franca». *Tesol Quarterly*. vol. 40, nº 1. p. 157-181.
- (2009). «English as a Lingua Franca: Interpretations and Attitudes». *World Englishes*. vol. 28. nº 2. p. 200-207.
- KACHRU, B. B. (1996). «The Paradigms of Marginality». *World Englishes*. vol. 15. p. 241-255.
- (1997). «World Englishes and English-using Communities». *Annual Review of Applied Linguistics*. vol. 17. p. 66-87.
- (1982). *The Other Tongue. English across Cultures*. Urbana, IL. University of Illinois Press.
- (2005). *Asian Englishes: Beyond the Canon*. Hong Kong Sar, China: University of Hong Kong Press.
- KAYMAN, M. A. (2004). «The State of English as a Global Language: Communicating Culture». *Textual Practice*. [Http://www.tandf.co.uk./journals](http://www.tandf.co.uk./journals)
- KIRKPATRICK, A. (ed). (2002). *Englishes in Asia: Communication, Identity, Power and Education*. Melbourne: Language Australia.

- (2008) «English as the Official Working Language of the Association of Southeast Asian Nations (ASEAN): Features and Strategies». *English Today*. vol. 94. p. 27-34.
- LEUNG, C. (2005). «Convivial Communication: Recontextualizing Communicative Competence». *International Journal of Applied Linguistics*. vol. 15. p. 119-144.
- MAURANEN, A. & Ranta, E. (eds.). *English as a Lingua Franca: Studies and Findings*. Newcastle upon Tyne: Cambridge Scholars Press.
- PARAKRAMA, A. (1995). *De-hegemonizing Language Standards. Learning from (post)Colonial Englishes about English*. Houndmills, England: Macmillan.
- PHILLIPSON, R. (1992). *Linguistic Imperialism*. Oxford University Press.
- (2007). «Linguistic Imperialism: a Conspiracy, or a Conspiracy of Silence?». *Language Policy*. ol.6. p. 377-383.
- (2008). «Lingua Franca or Lingua Frankensteinia? English in European Integration and Globalisation» *World Englishes*. vol. 27. n° 2. p. 250-284.
- PITZL, M^a-L. (2005). «Non-Understanding in English as a Lingua Franca: Examples from a Business Contest». *Vienna English Working Papers*. vol. 14. p. 50-70.
- PYM, A. (2003). «Globalization and the Politics of Translation Studies». Paper delivered to the conference *Translation and Globalization* (Canadian Association of Translation Studies) in Halifax, Canada.
- SEARGEANT, Ph. (2010). «Naming and Defining in World Englishes». *World Englishes*. vol. 29. n° 1. p. 97-113.
- SEIDLHOFER, B. (2001). «Closing a Conceptual Gap: the Case for a Description of English as a Lingua Franca». *International Journal of Applied Linguistics* 11. p. 133-58.
- (2009). «Common Ground and Different Realities: World Englishes and English as a Lingua Franca». *World Englishes* vol. 28. n° 2. p. 236-245.
- SEIDLHOFER, B., BREITENEDER, A. & PITZL, M. L. (2006). «English as a Lingua Franca in Europe: Challenges for Applied Linguistics». *Annual Review of Applied Linguistic*. 26. 3-34.
- YANO, Y. (2009). «English as an International Lingua Franca: From Societal to Individual» *World Englishes*. vol.28. n° 2. p. 246-255.

Corpus Websites

DYLAN: http://www.dylan-project.org/Dylan_en/index.php

ELFA: <http://www.uta.fi/laitokset/kielit/engf/research/elfa/>

ICE: <http://www.ucl.ac.uk/english-usage/ice/>

VOICE: <http://www.univie.ac.at/voice/>

NOTAS

¹ La descripción empírica de los rasgos lingüísticos del inglés como lengua franca ha guiado la investigación de numerosos aspectos, trátase de problemas léxico-gramaticales (Dewey, 2003; Seidlhofer, 2007), pragmática (Kasper, 1998), fonología (Jenkins, 2000), uso de estrategias comunicativas (Lichtkoppler, 2007), comportamientos interactivos (Kirkpatrick, 2008), «code-switching» (Klimpfinger, 2007), creación de estructuras idiomáticas interculturales (Widdowson, 2007) y hasta la exploración etnográfica de medios educativos y profesionales. Como hemos sugerido, este empeño por sistematizar empíricamente el estudio del inglés como lengua franca ha derivado en la elaboración de los varios «corpora» que hemos mencionado. La enumeración de los estudios más representativos es selectiva y reducida. Mencionamos, no obstante, algunos especialistas que resultan imprescindibles, aunque no consten en las referencias bibliográficas.

² La expansión espectacular del inglés ha recibido, como era de esperar, un tratamiento crítico apasionado y controvertido. La constelación de intereses que han confluído en este fenómeno ha aflorado en numerosos trabajos sobre cuestiones de propiedad lingüística, propuesta de un modelo normativo para la enseñanza de una segunda lengua (Cook, 1999; Parakrama, 1995), o estudio sobre la competencia comunicativa (Alpetkin, 2002; Leung, 2005). En el centro de la controversia permanece el frente ideológico levantado por el «imperialismo lingüístico» de Phillipson (Phillipson, 1992; Phillipson and SkutnabbKangas, 1999). Centrales también para la afirmación del inglés como lengua universal son los reconocidos estudios de lingüística aplicada y pedagogía (Canagarajah, 1999; Pennycook, 1994, 2001), que de hecho condujeron al reconocimiento del inglés como lengua franca por propio derecho (Gnutzmann and Intermann, 2005; Knapp and Meierkord, 2002).

³ El precio que el mundo debe estar preparado para pagar es la sumisión a diversas clases de uso... El escritor africano debería intentar utilizar el inglés de la mejor forma para emitir su mensaje sin alterar el lenguaje, hasta el punto de que su valor como medio de intercambio internacional se perdiera... Debería tratar de elaborar un inglés que fuera al mismo tiempo universal y capaz de transmitir el peso de mi experiencia africana. Pero tendrá que ser un inglés nuevo, en plena comunión con su hogar ancestral y adaptado a sus contextos africanos». Citado por Janina Brutt-Griffler. *World English. A Study of its Development*. Clevedon, UK: Multilingual Matters, 2002.

⁴ Sam Lehman-Wilzig (2001). «Babbling our Way to a New Babel: Erasing the Language Barriers». *The Futurist*. Mayo-Junio.

⁵ La traducción a las lenguas de producción deberá ser básicamente diferente, en general, a la traducción desde esas lenguas. Y esa asimetría es tan fundamental y poderosa que poca resistencia puede plantearse». Anthony Pym (2003).

⁶ El credo universalizador de la localización aparece subrayado por las tensiones existentes entre la lógica conflictiva de la tecnología y la cultura. Aproximadamente existen 6000 lenguas en el planeta, pero sólo dos sistemas de voltaje, tres anchos de vía de ferrocarril y una lengua para el control de tráfico aéreo. Podemos decir que la tecnología une lo que la cultura separa» Véase Michael Croning (2005) en las referencias bibliográficas.

⁷ Abundan los estudios sobre el inglés como lengua franca en diferentes regiones del globo (Deterding and Kirkpatrick (2005), con particular atención a la fonología en los países de Asia Oriental, (Mauranen (2003). Véanse además los trabajos de Bolton, K. (2002), Cheshire, J. (1991) y de Kachru, B. (2005) en las referencias b.

⁸ Una muestra léxico-gramática, por ejemplo, del voluminoso VOICE, permite a Jennifer Jenkins (2006:170) entresacar algunos rasgos que no podemos por menos que reproducir:

- Eliminación de la tercera persona del presente en s («She look very sad»)
- Uso intercambiado de los relativos Who y Which («a book who,» «a person which»)
- Omisión de los artículos definido e indefinido cuando son obligatorios e inserción de esos - artículos cuando no procede en el inglés nativo.

- Uso muy general de la coletilla interrogativa isn't it? or no? en vez de shouldn't they? («They should arrive soon, isn't it?»)»
- Redundancia expresiva producida por adición de preposiciones («We have to study about . . .» y «can we discuss about . . .?»), o énfasis de lo explícito («black colour» vs. «black» y «How long time?» vs. «How long?»)»
- Uso excesivo de verbos en clave generalizadora: do, have, make, put, take.
- Pluralización de nombres de naturaleza incontable («informations,» «staffs,» «advices»)»
- Uso de frases completivas con «that» en vez de usar formas en infinitivo («I want that we discuss about my dissertation)»

EL AUTOR

Félix Martín Gutiérrez, becario Fulbright (Austin, Texas, 1972-75) y profesor (Hood College), más tarde «Visiting Scholar» en Yale (1984) y Stanford (1987), es fundador de la Sociedad Española para el Estudio de los Estados Unidos (SAAS), y en la actualidad catedrático de Filología Inglesa en la Universidad Complutense. Entre sus publicaciones destacan: *Literatura norteamericana actual* (1986), *Estudios Literarios Ingleses* (1987), *Literatura de los Estados Unidos: Una lectura crítica* (2003) y *Walt Whitman* (2003), así como numerosos estudios monográficos sobre géneros, autores, periodismo americano, traducción y teoría crítica.